

**MENSAJE DE MONS. DIEGO MONROY PONCE
VICARIO GENERAL Y EPISCOPAL DE GUADALUPE Y RECTOR DEL SANTUARIO**

La peregrinación es ante todo una experiencia religiosa universal. Es punto de llegada y de encuentro con la divinidad. Los espacios geográficos como manifestaciones de revelaciones divinas, se reconocen como lugares sagrados y metas de peregrinación.

La peregrinación en la tradición bíblica destaca por su simbolismo religioso. Destacan la peregrinación de Abraham, Isaac y Jacob a Siquem, Betel y Mambré, donde Dios se les manifestó y se comprometió a darles la *tierra prometida*. (Gn 12, 6-7, 33, 18-20, Gn 28, 10-22; 35, 1-15 y Gn 13, 18; 18, 1-15)

El Monte Sinaí, para las tribus salidas de Egipto, se convierte en lugar sagrado así como el camino del desierto del Sinaí que los conduciría a la tierra santa de la promesa, viaje bendecido por Dios, que, en el Arca y en el Tabernáculo, reconocen el símbolo de su presencia que camina, guía y protege a su pueblo. Más tarde, Jerusalén, convertida en sede del Templo y del Arca, pasó a ser la ciudad-santuario de los hebreos y meta por excelencia del deseado *viaje santo* (Sal 84,6), en el que el peregrino avanza entre cantos de alegría, en el bullicio de la fiesta, hasta la casa de Dios para comparecer ante su presencia.

El pueblo de Israel tenía tres significativas peregrinaciones: la que se realizaba en ocasión de las fiestas de los ácidos (la Pascua), la de las Semanas (Pentecostés) y la de los Tabernáculos. Jesús, como cualquier otro judío se dirigía habitualmente a Jerusalén como peregrino.

La peregrinación en Cristo tiene un nuevo sentido, desde que éste da cumplimiento en sí mismo al misterio del Templo, pasando de este mundo al Padre y realizando en su persona el éxodo definitivo. Desde entonces, ya no existe para sus discípulos ninguna peregrinación obligatoria porque toda su vida es un camino hacia el santuario celeste.

Los primeros siglos del cristianismo cimientan con características cristianas la práctica de la peregrinación, sobre todo en el culto a los mártires, en las tumbas, a las que acuden para venerar los restos mortales de los testigos insignes de Cristo. Más tarde, después de la paz constantiniana, tras la edificación de los santos lugares, la peregrinación vive un momento de esplendor en la visita a los santos lugares que a la fecha conocemos: la cueva de la natividad, el santo sepulcro, el lugar de la última cena, del bautismo y de la multiplicación de los panes, etcétera.

Actualmente los centros de peregrinación son numerosos y cada uno de ellos con connotaciones propias de identidad de fe y cultura. Después de los lugares de la Tierra Santa, se encuentran los santuarios marianos.

El Santuario de nuestra Señora de Guadalupe es el templo mariano más visitado del mundo. Su importancia radica en la Sagrada Imagen de la Virgen de Guadalupe, quien desde el siglo XVI atrae hacia sí a innumerables peregrinos de México y de América.

La milagrosa imagen de nuestra Muchachita santa María de Guadalupe y su mensaje inculturador constituyen en sí mismos, junto a la predicación kerigmática, la celebración de los sacramentos y la caridad ejercida en beneficio de los peregrinos, **la actualidad y vigencia de este Santuario**. Es Ella quien vitaliza, a la luz de su amado Hijo, toda nuestra acción pastoral y nos dimensiona para que respondamos a las diversas realidades de nuestro crucial devenir histórico.

Quien peregrina a la Casita de nuestra Señora de Guadalupe, sabe con certeza que encontrará una respuesta a su inquietud, un nuevo camino para enfrentar sus necesidades y el lugar propicio donde una Madre lo escuchará y lo mirará con especial ternura; de ahí que no sean pocos los hombres y las mujeres que de los diferentes estratos sociales de nuestra sociedad acuden con marcada confianza a invocar el auxilio maternal de la Dulce Señora del Cielo, santa María de Guadalupe.

La solemnidad de nuestra Señora de Guadalupe, ofrece a cada uno de los hijos e hijas de México y América, la oportunidad de reconocernos y aceptarnos como hermanos a pesar de nuestras distintas responsabilidades y capacidades; logrando Ella, en el aquí y ahora de nuestra historia, la reconciliación y la unidad de nuestros antagonismos.

Así pues, toda realidad política, económica y social se hace presente en el peregrinar de tantos y tantos hermanos que día a día visitan el Tepeyac, buscando la consolidación de este país, de sus familias y de las instituciones.

Sea la celebración de esta fiesta, una oportunidad para reencontrarnos y reconocernos como hermanos. Que mirando nuestras diferencias no nos dividamos, sino más bien nos complementemos. Este es el significado de esta celebración.